

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FILOSOFIA
Y
LETRAS

*REVISTA DE LA FACULTAD
DE FILOSOFIA Y LETRAS*

39

JULIO-SEPTIEMBRE

1950

I M P R E N T A U N I V E R S I T A R I A

FILOSOFIA Y LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE
FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA
UNIVERSIDAD N. DE MÉXICO

PUBLICACION TRIMESTRAL

DIRECTOR-FUNDADOR:

Eduardo García Máynez

SECRETARIO:

Juan Hernández Luna

Correspondencia y canje a Ribera de San Cosme 71
México, D. F.

Subscripción:

Anual (4 números)

En el país	\$ 11.00
Exterior Dls.	2.00
Número suelto	\$ 3.00
Número atrasado	4.00

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Rector:

DR. LUIS GARRIDO

Secretario General:

DR. JUAN JOSÉ GONZÁLEZ BUSTAMANTE

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Director:

DR. SAMUEL RAMOS

Sumario

ARTICULOS

		Págs.
José Gaos	<i>Actualidad de Descartes</i>	9
José M. Gallegos Rocafull	<i>Las Pruebas Cartesianas de la Existencia de Dios</i>	23
Eli de Gortari	<i>Oposición entre la Física y la Metafísica en Descartes</i>	41
Juan Manuel Terán	<i>Descartes y la Política Moderna</i>	69
José Luis Curiel y Benfield	<i>La esfera afectiva en el pensamiento cartesiano</i>	69
Leopoldo Zea	<i>Descartes y la Conciencia de América</i>	93
Francisco López Cámara	<i>El Cartesianismo en Sor Juana y Sigüenza y Góngora</i>	107
Bernabé Navarro	<i>Descartes y los Filósofos Mexicanos modernos del siglo XVIII.</i>	133

Rafael Moreno	<i>Descartes en la Filosofía de la Ilustración Mexicana.</i>	151
---------------	--	-----

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

Eduardo García Máynez	<i>Latin-American Philosophy of Law in the Twentieth Century (Josef L. Kunz.)</i>	171
Pedro Rojas Rodríguez	<i>Extremos de América. (Daniel Cosío Villegas.)</i>	174
Raúl Cardiel Reyes	<i>Filosofía del Oriente. (C. P. Conger, J. Takakasu, D. Teitaro Sasaki y Shunzo Sakamaki)</i>	183
Enrique Espinosa	<i>Antropología Pedagógica. (Herman Nohl.)</i>	187
Alicia Gómez Orozco	<i>Introducción a la Psicología Científica. (Oswaldo Robles.)</i>	189
Rafael Heliodoro Valle	<i>Actas del Cabildo de San Juan Bautista de Puerto Rico. (Publicación Oficial del Gobierno de la Capital.)</i>	191
Félix Gil Mariscal	<i>Como Tajo de Hielo. (Jorge Ramón Juárez.)</i>	192
Juan Hernández Luna	<i>Notas de la Facultad de Filosofía y Letras</i>	197
Publicaciones recibidas		201
Registro de revistas		203

EL CARTESIANISMO EN SOR JUANA Y SIGÜENZA Y GONGORA

Si por un momento volteamos la vista hacia atrás y nos situamos de pronto en los albores de la edad moderna, habremos de comprender mejor a qué problema hemos de avocarnos a lo largo de este trabajo. Ya el simple enunciado de éste nos revela por lo menos una dificultad que será preciso sortear antes: ¿Qué vamos a entender por ese *cartesianismo* que pretendemos rastrear en la obra de la monja jerónima y del sabio capellán del Hospital del Amor de Dios? ¿Será sólo la "influencia" de Descartes o de sus continuadores, o toda una corriente espiritual a la que remató genialmente el antiguo discípulo de la Fléche? En fin, ¿tendremos que pensar el cartesianismo únicamente como el desarrollo posterior del pensamiento de Descartes, o por el contrario lo reduciremos, desentendiéndonos del filósofo francés, a esa atmósfera que lo prepara y condiciona?

Para ello acerquémonos a esos tiempos turbulentos de los cuales habrá de brotar el espíritu moderno. Estamos, pues, en las primeras ráfagas de tal época. Gruesos nubarrones anuncian ya la próxima aparición de una forma nueva de sentir y expresar las inquietudes más hondas. En medio del remolino espiritual que agita las conciencias, un nuevo hombre asómase titubeante aún, pero que denota en su expresión un estilo revolucionario de pensamiento. Ciertamente todavía cuelgan de él los viejos ropajes tradicionales, mas es fácil observar la desconfianza con que los empieza a mirar. Se trata en realidad de un paso decisivo. La unidad del mundo medieval está desgajada ya. Los mismos estertores que aún lo agitan, denuncian la agonía que padece. Una interna contradicción ha llegado a corromper sus pilares más resistentes. Es un avejentado edificio que se derrumba bajo los golpes de sus últimos moradores. El Medievo avista ya a su fin, y las antiguas preocupaciones de fuerte tipo escolástico

empiezan a desplazarse para ser substituídas por nuevas y distintas actitudes.

En cierto modo, ese resquebrajamiento cobra su vigor definitivo con el movimiento renovador del humanismo renacentista, antecedente inmediato del mundo moderno. Ya desde entonces se manipulan conceptos nuevos ante la aparición de un orden de la naturaleza que ha planteado problemas imposibles de resolver por los viejos métodos escolásticos. Gracias a los descubrimientos que en todos los órdenes se realizan y, con ello, a las nuevas hipótesis que se proponen, la obra del universo invita a la mirada conmovida del hombre del renacimiento a despejar sus múltiples incógnitas e infinitas posibilidades. Para esta faena, los carcomidos esquemas teológico-metafísicos han perdido toda su eficacia en la búsqueda de una verdad que satisfaga las novedosas preocupaciones. El fracaso lamentable de las fórmulas y métodos medievales obliga ahora a interrogarse acerca de caminos que ofrezcan mejor seguridad al conocimiento del mundo. Una nueva ciencia natural corroe los anhelos cognoscitivos de la conciencia de la época, y para ello se requiere una disciplina independiente de cualquier prejuicio, que se encargue de afirmar sus principios fundamentales. De hecho, con la irrupción del pensamiento de Scotto en el crepúsculo de la filosofía de la Escuela, al par que con la gran baraúnda nominalista, será cercenada la bamboleante teología medieval, al proponerse la confinación de la filosofía exclusivamente al ámbito de la experiencia natural, y reduciéndose la teología a la mera especulación del dogma religioso. Con ello, la filosofía —aquella filosofía que tan fiel había servido a su antigua ama— comienza a resultar “respondona”, que diría Unamuno. Es el momento en que la ancila revoltosa empieza a mostrarse transida de afanes científico-naturales. Y todo ello por obra y gracia del extraordinario vigor que reciben las ciencias de la naturaleza, merced a ese deseo de renovación que respira el hombre de la época.

Pero es, ante todo, en ese proceder desconfiado, cauteloso, con que se intenta recorrer la maleza prometedora del campo natural de la realidad, donde se caracteriza mejor la época; cautela que, en respuesta a los fracasos y errores de aquella actitud espontánea e ingenua del senecto realismo filosófico, se trueca en una preocupación por el método adecuado para las tareas del pensamiento científico.

En este trasfondo inicial, catártico, aparece la filosofía moderna dando los primeros traspiés, pulsándose sobre todo por una preocupación eminentemente científica, y proponiéndose como punto de partida la resolución del problema metodológico. Con la ciencia moderna, la filosofía recobra un objeto propio de investigación. Gracias a un retorno a las formas del pensamiento griego, al través del pitagorismo y del neoplatonismo, puede presentarse principalmente como *teoría de la naturaleza*. El pivote, pues, de todo el desarrollo de la moderna filosofía, habrá que ir a buscarlo en ese triunfo de la ciencia natural que, desprendida vertiginosamente de la teológica ciencia medieval, pregúntase por unos métodos propios que fundamenten su autonomía. Desde Kepler hasta Newton, y desde Copérnico hasta Kant, la nueva ciencia no gira bajo otro signo que como una teoría de la naturaleza que busca afanosamente su independencia. Tales son los moldes en que la filosofía moderna va adquiriendo su perfil específico.

Ahora bien, ante la infecundidad manifiesta del método escolástico del silogismo, la perentoria necesidad de apuntalar un arte nuevo de investigación desvía la reflexión teórica hacia principios que sean más evidentes vistos a la luz de la razón científica, que no cojeen ya de ningún pie. La labor de la ciencia no es una mera deducción conceptual de cuyas premisas mayores, aceptadas como principios indubitables, se extraen las verdades legítimas. Aquel procedimiento semimágico, heredado de los antiguos, había dado ya suficientes pruebas de su labor infructuosa. Y para no recaer de nuevo en los errores y en las falacias de la arcaica disciplina, el espíritu moderno se propone entonces la búsqueda de un juego de principios, evidentes de suyo, que no permitan fracasos como los anteriores. De tal guisa, tampoco podrá creerse en la infalibilidad de la forma aristotélica "*nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu*"; para la inquietud nueva y desconfiada es imposible admitirla ciegamente como verdad absoluta. En el conocimiento, la engañosidad de los sentidos es otra más de las dificultades que urge resolver. De ahí que la meditación, en virtud de la nueva producción pitagórico-platónica, desvíe el rumbo para ir a sintetizar la naturaleza como un conjunto armónico, expresable en un repertorio de ecuaciones numéricas. En tal dirección se inclina Kepler descubriendo la regulación matemática que gobierna el universo; Galileo asienta el principio matemático del cosmos, y Newton descubre la ley de los graves. El primado de la razón matemá-

tica salta rápidamente a escena, mostrándose como el criterio de verdad al que es necesario apelar cuando se necesite que un conocimiento sea rigurosamente exacto. A tal grado conmueve los espíritus la evidencia del proceder matemático, que no se duda ni por un solo momento de su eficacia para la investigación del conocimiento — no únicamente el científico, sino aun el metafísico.

Tal es el lecho espiritual en el cual nace Descartes. Su obra no es otra cosa que el resumen extraordinario del fluir de esa corriente que desde Giordano Bruno y Copérnico hasta Newton, Gassendi y el propio Descartes, ha venido haciéndose consciente de los últimos momentos del mundo escolástico, y despejando las brumas tras las cuales asomará, por fin, el idealismo moderno. El pensamiento cartesiano es la más acabada y sistemática de las respuestas de la primera jornada de la modernidad que enraíza con las últimas manifestaciones medievales, adquiriendo su cariz peculiar a partir del humanismo renacentista y de la ciencia natural, gracias a la cual entronca con la aurora de la filosofía moderna.

Lo importante para nosotros aquí es distinguir que dicho espíritu se expresa desde luego como una actitud desconfiada, cautelosa, frente al desastre que significa el viejo sistema. Y unido a una duda profunda que arraiga fuertemente en las conciencias, desarróllase un afán renovador en la esfera de las ciencias naturales, en cuyo centro de especulaciones se busca especialmente el camino adecuado para la obtención de la verdad. Debido a ello, el culto a la razón y a la evidencia matemática se convierte en el mejor socorro para salvarse de la fugacidad de los sentidos, para borrar las suspicacias de la época. Fácil es advertir entonces, que en cierta manera Descartes estaba ya contenido en esa disposición frente al problema de la relación entre el *ser* y el *conocer*, entre *conciencia* y *realidad* que se hace álgido en el momento en que el hombre siente que su mundo se le vuelve demasiado estrecho y se pregunta por la posibilidad de nuevos horizontes. En tal sentido, se advierte ya una especie de *cartesianismo* desde el mismo renacimiento, el cual, *lato sensu*, vale por espíritu moderno, y espíritu moderno equivale a duda, cautela, desconfianza, inquietud científica, primado de la razón matemática, autonomía filosófica, rechazo del principio de autoridad, etc. Quedamos, pues, en que por cartesianismo ha de entenderse todo lo anterior, descono-

ciendo por el momento cualquier otro sentido que pudiera dársele.¹ Todo ello a modo de advertencia para que no nos decepcionemos si en el pensamiento de Sor Juana y Sigüenza no intentamos localizar únicamente la influencia de Renato Descartes — del Descartes de carne y hueso que meditaba en Holanda calentándose al calor de una estufa. Así quedará salvada la dificultad que mencionaba en mis primeras líneas, poniendo en claro, de paso, el título de mi estudio.

Pero saltemos a la Nueva España para ver cómo anda la cosa por ahí en la época de nuestros dos personajes.

Estamos en el siglo xvii — en ese siglo que aún permanece en la tiniebla de la cultura mexicana. El rico filón de la filosofía del xvi, ha tiempo que se agotó, que advino decadente. Después de un Alonso de la Vera Cruz, agustino brillante, exdiscípulo de Vitoria y exprofesor de la Universidad de Salamanca; después de la *Lógica Mexicana* de Antonio Rubio y de los Comentarios de Tomás Mercado, después de ellos, digo, una profunda inercia soñolienta invade la meditación filosófica, reduciéndose toda labor a la oropelesca y vacua discusión en las escuelas enmohecidas. El *ipse dixit* se repite como la última palabra que puede decirse cuando se trata de cualquier controversia superficial. El temor a lo nuevo sofoca las gargantas de los buenos escolares que sólo buscan de sus viejas sùmulas los lugares decisivos que habrán de lanzarle al opositor. Los cerebros, carcomidos por el polvo de la inmovilidad, permanecen encerrados en sus antiguos claustros. Es, en fin, una noche tenebrosa para el pensamiento que vegeta silenciosamente. El hombre, reza y duerme plácidamente. Sólo al declinar el sosegado siglo, un hombre y una mujer cultivan una amistad que se mueve en las esferas más altas del espíritu. El hombre, un modesto capellán expulsado del seno de los jesuitas, devora libros de todas clases, desempolva viejos códices indígenas, colecciona instrumentos matemáticos y sostiene polémicas contra la superstición y el falso conocimiento. Escribe versos y obras históricas, redacta libros de astronomía en los cuales alternan la erudición y la fina ironía con las matemáticas y la filosofía. Es don Carlos de Si-

1 Esta idea de entender el *cartesianismo* como sinónimo de *modernidad*, y otras más que trataré de desarrollar en el curso de mi estudio, obedecen a sugerencias que me hiciera en algunas ocasiones mi maestro el doctor José Gaos. Es este el momento de expresarle aquí mi reconocimiento por sus siempre fundamentales observaciones en torno al tema que a ambos nos ha preocupado, pero del cual sólo él podrá decir la última palabra.

güenza y Góngora. Observémosle más detenidamente. Asomémonos a su pensamiento. ¿No advertimos en él una curiosa mezcla de vientos tradicionales y un soplo de modernidad que se desliza al trote de las ideas? Nadie discute ya la notable influencia que ha recibido del espíritu moderno. Escurre abundantemente por su obra toda, especialmente en sus escritos astronómico-filosóficos. Seguramente era don Carlos alguno de los miembros de aquella "minoría" que conocía a Descartes, de que nos habla Henríquez Ureña,² pues bien sabido es de todos, por lo que el prologuista de su *Libra astronómica* anota, que en el *Belerofonte matemático* se sirvió de las "hipótesis de Copérnico y de los vórtices cartesianos" para estudiar el movimiento de los cometas y las "paralexes y refracciones".³

Pero no sólo es en este escrito, sino también en la *Libra astronómica y filosófica*, donde se advierte la influencia del pensamiento moderno deslizándose siempre a lo largo de la obra. Apenas se recorren las primeras páginas y ya se encuentran revoloteando con las ideas, al lado del mismo Descartes, los nombres de Kepler, Copérnico, Galileo y Gassendi. Siendo precisos los textos para confirmar los asertos, y disculpándonos por un momento la aburrida labor de erudición, oigamos algunos párrafos de Sigüenza.

Justifícase primeramente de tomar la pluma para contestar la provocación de Kino: "... como por que no soy —dice— tan absolutamente dueño de mis créditos, y mi nombre, que pueda consentir el que me quite aquéllos, y me obscurezca éste, el que quisiere hacerlo sin darle causa, como lo hace el R. P. cuando es el primero que conmueve la piscina, y que me provoca, por lo cual pudiera decirle lo que a Monsieur Descartes dijo Gassendo in *Disquisitionibus Metaphysicis*...,"⁴ explicando más adelante que "ya que en éste ... por lo menos en intitular esta obra *Libra Astronómica y Filosófica* que publicó lo que contra el cometa del año 1618 escribieron Mario Guiducio y Galileo de Galileis..."⁵ Y posteriormente, al discutir la composición de los cometas, supone que "... si

2 *Las corrientes literarias en la América hispana*. Fondo de Cultura Económica. México-Buenos Aires, 1949, p. 82.

3 Sebastián Guzmán y Córdoba. Pról. a la *Libra astronómica y filosófica* de Sigüenza y Góngora.

4 *Libra astronómica y filosófica*. México, 1690, p. 7.

5 *Ibid.*, p. 8.

se siguiese a Juan Keplero, se forman los cometas de varios humos crasos y pingües, que exhalan los cuerpos de las estrellas..."⁶

La influencia directa de Descartes es clara en la obra de Sigüenza, principalmente en aquellas partes referentes a reflexiones de carácter geométrico aplicables a los fenómenos naturales. El padre del racionalismo le ofrece a nuestro capellán algunos modos de demostración geométrica para comprobar, por ejemplo, que aunque se originen los cometas de las manchas solares, no significa ello que estén aquellos "en la distancia del sol". Oigamos su demostración en aquel párrafo en que analiza el movimiento del sol y de los cometas que genera: "Manifiesto es que la mancha, nube o vapor viscoso —asegura—, conmovido por la arrebatadísima circungiración de la atmósfera solar sale de ella por la tangente EH y forma el cometa H y lo mismo es de las manchas D, G, F, respecto de los otros cometas I, KL como a otro intento prueba bastante-mente Renato Descartes en su Filosofía, parte 3, número 57, p. 70."⁷

Pero abandonemos ya este fatigoso desfile de citas agobiantes. Sólo he querido con ello hacer resaltar la gran familiaridad que tenía Sigüenza con el pensamiento de los más destacados pensadores modernos, para que pueda apreciarse mejor por qué nuevos rumbos andaban circulando ya sus inquietudes científicas. Por lo demás, no es lo más importante saber a ciencia cierta que don Carlos leía a estos o aquellos autores, sino adentrarnos hasta qué grado de modernidad habían llegado sus preocupaciones, es decir, determinar qué es lo que de moderno hay en él y cuál es el sentido que pueda representar éste dentro de la cultura mexicana.

Mucho de lo marcadamente moderno que denuncia el pensamiento de Sigüenza y Góngora se advierte en sus escritos científicos con una gran abundancia. Mas puede decirse que todo lo novedoso que deja entrever su pensamiento confluye hacia una cuestión fundamental: una idea de la ciencia, que es casi cabalmente moderna; y paralelamente, como correlato de tal idea, una actitud frente a la naturaleza que ya de por sí no dejaría lugar a dudas de la importancia que tiene la figura de Sigüenza. Veamos pues qué nos dice el buen capellán, y a modo de balance histórico volveremos más tarde a las apreciaciones de conjunto.

6 "Manifiesto filosófico", en *Libra*, p. 12, núm. 16.

7 *Libra*, p. 144, núm. 308.

Sigüenza es, en muchos aspectos, un hombre nuevo, diferente de sus compatriotas contemporáneos. Ya su profunda inclinación a la ciencia en su época nos lo está revelando como una personalidad que ha llegado a despojarse de los viejos prejuicios tradicionales que todavía sofocan a la mayoría de los hombres de su tiempo. Muchas de las nuevas ideas que en Europa luchan desesperadamente por abrirse paso, rompiendo las murallas que aún levantan las antiguas verdades arraigadas y las supersticiones decrépitas, son asimiladas por esa voracidad intelectual del erudito mexicano, al que no arredran ni los "sustos" que le da el Tribunal del Santo Oficio. Es un buen viejo batallador, cuyo espíritu se ha modernizado lo bastante como para indignarse apenas la aparición de un simple cometa aterroriza al populacho y hace decir desatinos a los sabios. Sale entonces en defensa de la verdad científica, presentándose como el portavoz en la Nueva España de una mentalidad nueva y vigorosa.

La primera impresión que nos produce su pensamiento es la de poseer una visión de la naturaleza que no es por cierto la que revelan sus *contrincantes intelectuales*, los cuales pueden muy bien representar las ideas que alimentan las mentes del siglo xvii en el Nuevo Mundo. Para Sigüenza, la naturaleza no puede ser sólo un mero cúmulo de fenómenos que auguran un efecto catastrófico o una mala voluntad divina; es, ante todo, una incógnita que es preciso despejar, un repertorio de leyes cognoscibles científicamente, que es necesario descubrir tras el velo desconcertante del acaecer fenoménico. Por debajo de todo este mundo azaroso y desordenado que es la naturaleza, ocúltanse las leyes que lo rigen de un modo cierto y exacto. Pero para llegar al conocimiento auténtico de tales principios, será menester proceder con gran cautela, con sumo cuidado. Por ello, Sigüenza siente una gran desconfianza por los resultados de las formas tradicionales con las que desde hace mucho tiempo se ha creído obtener la verdad. ¿Cuáles son, entonces, las vías propicias para alcanzar el conocimiento? Primero que nada, piensa Sigüenza, necesario será que rechacemos los métodos ingenuos de conocimiento que tienen muy pocas probabilidades de veracidad. Antes que todo tenemos que desconfiar de lo que nos transmiten los sentidos, por ser estos sumamente engañosos. La ciencia no puede operar solamente por meras apariencias, y no otra cosa son los testimonios de los sentidos: "Aunque desde luego —escribe— les podría decir a todos que no trata

tan crasamente la astronomía sus operaciones que las fie del engañable sentido de la vista . . .”⁸ Los hombres, dice “es necesario que se alboroten al ver, que el objeto nobilísimo de la vista padece mudanza con apariencias extrañas . . .”⁹ En fin, y para que de una vez por todas se desista ya de continuar con la pretensión de hacer afirmaciones científicas apoyadas sólo en aquello que nos dan nuestros sentidos, poco fiables de suyo, con gran solemnidad aclara Sigüenza: “Advierto también que de observaciones hechas sin instrumento, sino con la vista y estimación, es cosa indigna pensar que se puede concluir cosa alguna de consideración en materia tan primorosa . . .”¹⁰ Urge, pues, para Sigüenza, una precisión más exacta en la investigación de los fenómenos naturales. Se necesita de un procedimiento más serio, que por lo menos no suscite en nosotros desconfianzas y sospechas, ya que con ellas no podrá construirse ninguna ciencia válida.

Menos aún que los sentidos, pueden considerarse como criterios de verdad las opiniones, dichos y proposiciones de los viejos maestros consagrados por la tradición. Los problemas y las dudas que nos produce el espectáculo de la naturaleza no pueden resolverse solamente con rebuscar en los antiguos textos para saber qué cosa dicen sobre el asunto los pilares de la sabiduría clásica. Debido a ello, frente al sistema anacrónico de apelar a las meras opiniones de los favorecidos con la gloria del tiempo y la fama, apenas una dificultad se presenta, Sigüenza manifiesta su repugnancia por esa costumbre bien arraigada de su época, inútil de toda inutilidad para el correcto proceder científico. Y sus razones no son sólo un desprecio de sabio engreído a las opiniones de las grandes autoridades, sino el hecho patente de que a todas ellas, por más ilustres que puedan ser, siempre podrán oponerse otras de igual o mayor prestigio. A grado tal, que en vez de sacarnos de algún aprieto sus sentencias, nos lo volverían más enredado aún, amén de que fundarse únicamente en los dichos ajenos no otra cosa quiere decir que reconocer la insuficiencia de nuestra razón: “Como se persuadirán —afirma Sigüenza— cuantos leyeren la doctísima *Exposición Astronómica* del R. P. ser su opinión la misma que siguen los mortales altos y bajos, nobles y plebeyos, doctos o idiotas, según afirma . . . advirtiendo los fundamentos

8 *Ibid.*, p. 115, núm. 246.

9 “Manifiesto filosófico”, en *Libra*, p. 8.

10 *Libra*, p. 118, núm. 252.

tan débiles sobre que estriba, los cuales no son otros (como se ve) sino el que así lo dicen. Pero ya se ha visto en lo antecedente, y se verá en lo de adelante más cumplidamente, el que también hay muchísimos que tal no dicen; ¿quién no reconoce flaquear ya por esta parte sus fundamentos? Estar sólo a lo que otros dicen en materias discursables y filosóficas es declararse por de entendimiento infecundo..."¹¹ "¿Qué podría decir yo —pregunta después— que le satisficiese a quien respondé que en materia tan discursable se ha de estar a lo que dicen los más, cuando es cierto que quien tiene entendimiento y discurso jamás se gobierna por autoridades, si les faltan a estas autoridades las congruencias?... ¿sería prudencia (imprudencia grande sería) afirmar en este tiempo, que los cielos son incorruptibles y macizos por que los más de los autores antiguos así lo afirman; que la luna se eclipsa con la sombra de la tierra; que todos los cometas son semilunares, por que los mismos lo enseñan? ¿sería crédito de entendimiento seguir ajenas doctrinas, *sin examinarles los fundamentos*? Claro está que nada de esto sería, querer afirmar una cosa sin valerse de más razón, sino que así lo dijeron."¹²

Nada detiene ya a nuestro buen don Carlos. Ha comenzado en su ambiente a desbaratar, por el lado de la preocupación científica, la pesada armadura escolástica del edificio colonial. No sólo el *ipse dixit* de la Escuela es víctima de sus certeros embates, sino aun el *supremo maestro*, Aristóteles, no escapa a este escrutinio a que somete todo nuestro hombre: "...siendo Aristóteles —nos dice— jurado Príncipe de los Filósofos, que ha tantos siglos lo siguen con estimable aprecio y veneración, no merece ascenso... cuando se opusieren sus dictámenes a la verdad y razón, que es a lo que deben atender los que pretendieren corran sus dichos con aplauso entre los eruditos."¹³ Lo que en última instancia debe gobernar la ciencia, no son las "apariencias", provengan estas ya de los sentidos engañosos, ya de los dichos de los demás, sean poetas, filósofos o Padres de la Iglesia, sino la verdad, la evidencia racional. Casi podrá decir, con Descartes, las ideas "claras y distintas". Aclarado esto, ni siquiera el dogma mismo sale bien librado de esta rigurosa necesidad. Sólo con los argumentos definitivos que reportan las pruebas y la demos-

11 *Ibid.*, p. 67, núm. 131.

12 *Ibid.*, pp. 40-41, núm. 76.

13 *Ibid.*, p. 67, núm. 132.

tración puede trabajarse en la ciencia. Esta, pues, no puede quedar sujeta a ninguna clase de tutela más allá de sus propios confines. Ninguna autoridad, fuera del propio rigor de su evidencia, puede adjudicarse el título de juez último para determinar acerca de la verdad o falsedad del conocimiento. La ciencia, en fin, es independiente, ajena a cualquier clase de supuestos o axiomas que se consideren indiscutibles, aceptados en calidad de dogmas. Sigüenza libra en su medio social la batalla por la autonomía de la especulación científica que todavía en la época se desarrolla en Europa. "Hasta aquí —dice— el contexto del autor en sus palabras mismas, pero antes de examinarlo advierto que ni su Reverencia, ni ningún otro matemático, aunque sea el mismo Ptolomeo, pueden asentar dogmas en estas ciencias, por que en ellas no sirve de cosa alguna la autoridad, sino las pruebas y la demostración..."¹⁴

La preocupación por la evidencia científica hace que Sigüenza se pregunte por el método apropiado que puede asegurar los conocimientos de la ciencia; pues toda ciencia, para que pueda preciarse de tal, necesita proceder con apego a un sistema de reglas propias y conforme a ciertos fundamentos. Precisamente por haberse descuidado estos sencillos principios, las pretendidas experiencias y las muy dudosas observaciones hechas por los antiguos, pecaron de falsedades y a menudo cayeron en errores. De estos pseudo conocimientos, pregunta Sigüenza: "¿Qué es lo que se debe inferir, sino que todas son impuestas, falsas, ridículas, despreciables, y la astrología invención diabólica, y por el consiguiente, cosa ajena de ciencia, de método, de principio, y de verdad?..."¹⁵ Debido a que los fenómenos naturales, objeto de toda ciencia, nos producen al considerarlos tantas dudas y desconciertos, Sigüenza cree que no puede haber mejor método en la ciencia que el ajustarse a un procedimiento que por su rigurosidad objetiva pueda salvar todos aquellos escollos. Ya Sigüenza nos ha dejado entrever en qué consiste dicho procedimiento: no es otro que aquel que esté fundado en las "pruebas y en la demostración", medios insuperables para deslizarnos entre los misterios de la naturaleza y extraer de ellos un conocimiento de las cosas que no presente ninguna posibilidad de dubitación. A toda proposición, pues, que se nos ofrezca, habremos de exigirle su prueba correlativa. Y así nos sentencia Sigüenza: "Ociosos son los preceptos cuando no se acom-

¹⁴ *Ibid.*, p. 118, núm. 252.

¹⁵ *Ibid.*, p. 164, núm. 356.

pañan con ejemplos que los comprueben...”¹⁶ Mas este procedimiento debe estar apuntalado con una evidencia que impida la menor duda en torno a los conocimientos científicos. Pero, ¿no será acaso, también, una buena manera de acercarnos a la verdad, partir de la propia duda suscitada en nosotros? Todo conocimiento comienza frecuentemente con una duda acerca del objeto que ocupa nuestra atención; mas si sometemos la misma duda al análisis de la razón, fácil será entonces desembarazarse de lo engañoso, de lo dubitable, y atrapar lo que contenga de cierto, de verdadero. “... es imposible dejar de saber —asienta Sigüenza— que cuando se duda de la bondad de una cosa... no hay modo de libertarnos de aquella duda, sino es poniéndola en las balanzas de la razón, como aquí lo hago...”¹⁷ Y más adelante añade: “Veamos ahora cómo puede servir de solución a mis preguntas esta respuesta, advirtiendo que *dar solución a una duda, no puede ser si no es quitando los prejuicios sobre que estriba lo falso y manifestando la verdad que se oculta entre lo dudado.*”¹⁸ ¡A punto estaba Sigüenza de proponernos nada menos que la *duda metódica* de Renato Descartes!

Pero Sigüenza nos ha hablado ya bastante de la necesidad que tiene la ciencia de asentarse en un criterio de verdad que garantice todos sus resultados. Nos ha dicho también que tal criterio no es otro que una evidencia, a tal grado evidente, que haga indubitables sus proposiciones. Veamos entonces cuál es el sostén teórico de las pruebas y la demostración que tanto le preocupa. Preguntémosle en qué criterio de verdad se asegura la catalización de la duda inicial de que nos ha hablado. Desde luego, dirá, no puede ser otro que el apego a la *evidencia matemática*. He aquí otro de los rasgos más notablemente modernos del erudito astrónomo. Hasta él ha llegado el hechizo de la exactitud que caracteriza la física matemática, y que en Europa había ganado ya los mejores espíritus. Cuando le aseguran que el padre Adán recibió de las manos del Señor la ciencia de la astrología, airadamente replica: “... si los hombres no han podido alcanzar el conocimiento de la naturaleza de las estrellas, sus influencias y virtudes con *evidencia física y matemática certidumbre*, aunque apelen a las experiencias y observaciones que dicen ser los fundamentos de este arte, de que tengo mucho que hablar... cierto es que

16 *Ibid.*, p. 116, núm. 250.

17 *Ibid.*, p. 65, núm. 127.

18 *Ibid.*, p. 173, núm. 379.

(Dios) no le comunicó (la ciencia) a Adán, y por el consiguiente no supo la astrología".¹⁹ Y más adelante, en alguno de sus párrafos afirma que "...siendo la especulación de las paralaxes una cosa tan primorosa... y no habiendo en el mundo dos lugares entre sí muy distantes, de los cuales se sepa con *evidencia matemática* cuánto difieren entre sí por el vertical..."²⁰ Ya desde antes, en su *Manifiesto Filosófico*, al discutir el origen de los cometas, Sigüenza ha hecho notar que "...antes de proponer lo que pretendo probar, es necesario advertir, que nadie hasta ahora ha podido saber con *certidumbre física o matemática* de qué y en dónde se engendran los cometas..."²¹

Con este rico material podemos ya intentar un bosquejo más completo de la modernidad que se nos presenta en el pensamiento de Sigüenza. No todo en él, claro es, está siempre de acuerdo con los moldes de sus maestros europeos. Al lado de ese tinte netamente moderno que hemos recorrido, alternan en su espíritu viejas formas y preocupaciones de rancia escolástica medieval. Y si fuéramos a su obra animados por una actitud inquisitorial, seguramente le haríamos caer en graves contradicciones jugando con sus mismas afirmaciones. En el fondo, Sigüenza no es otra cosa que una personalidad heterodoxa por lo que toca a la ciencia y ortodoxa en religión, teología y otras cuestiones. Me parece que desde esta perspectiva debe juzgársele.

He advertido antes que son dos los aspectos fundamentales francamente modernos que se advierten en Sigüenza. Por una parte, aun cuando pudiera parecer a veces un poco confusa, su idea de la ciencia —pensada ante todo como ciencia de la naturaleza autónoma, independiente de la teología y de los viejos prejuicios, apoyada en un método propio con fundamento en la evidencia matemática— nos está revelando un pensamiento transido todo por inquietudes muy semejantes a las que por su tiempo movían ya a la nueva Europa. Por otra, esa actitud cautelosa que manifiesta en todo lo tocante a la investigación científica, y que lo hace sentirse tan desconfiado de las aportaciones de los sentidos, las "opiniones" de los antiguos y rechazar el principio de autoridad, no tiene otro significado que el de ser la mejor respuesta de una mentalidad que ha empezado a modificarse, frente a una visión de la naturaleza que no puede encauzar

19 *Ibid.*, p. 156, núm. 334.

20 *Ibid.*, p. 112, núm. 241.

21 *Man. Fil.*, en *Libra*, p. 10, núm. 12.

ya las nuevas preocupaciones. En efecto, colocado ante un mundo que comienza a desgajarse, Sigüenza percibe — como salido de un pesado letargo mental — la escisión que se ha efectuado entre el dominio de la fe religiosa y el campo de la realidad natural. Para aquélla, la teología; para ésta, la ciencia — parece pensar Sigüenza. ¿Acaso es la naturaleza algo más que un conjunto armónico de leyes cuyo conocimiento es sólo perceptible gracias a la experimentación bajo el rigor de la exactitud matemática? De ahí que algunas pseudociencias, como la astrología, por las que aún desfilan viejos resabios de superstición y falsedad, le parezcan a Sigüenza una mera “invención diabólica” y cosa “ajena de ciencia y método”. No obstante, el panorama que tenía enfrente, en el cual tenían grande vigencia aún los antiguos y retorcidos silogismos escolásticos, tenía que obligar a nuestro sabio a ser consecuente con sus propias ideas. Más que una búsqueda sistemática en torno al método científico, se advierte en Sigüenza un constante recelo en todo aquello que tenga referencia con el procedimiento científico. Todas sus páginas delatan una fuerte desconfianza para los modos con que sus opositores intentan deducir de premisas sospechosas conclusiones definitivas. Es que, por detrás de todo, lo que más conmueve a Sigüenza es la revelación de que la naturaleza se ha transformado a la luz de las nuevas ciencias naturales. Ahora es una realidad ajena por entero a la fantasía, a la opinión vulgar, a la palabra profética. Es algo que no nos impone sus apariencias tenebrosas como lo hizo con los antiguos que no se cuidaron de arrancarle a fuerza de rigor metódico sus más recónditos misterios; por ello, un mundo que ha permanecido siempre el mismo en su estructura más íntima, logró aterrorizarlos, transfigurándose a sus ojos supersticiosos, cegados por el temor, al igual que un fantasma que sólo se presentara para anunciar desgracias terrenales y acontecimientos catastróficos. No hay tal. Aquel viejo espectáculo se ha esfumado por obra de la patencia científica. El pensamiento, dotado hoy de un bisturí más preciso, puede fácilmente descubrir las causas de los fenómenos, aun de aquellos que en apariencia son más extraordinarios. Basta sólo el sigilo y la precaución en la investigación. No hay, pues, piensa Sigüenza, por qué atemorizarse de los fenómenos de la naturaleza, aunque sean los más extraños. Todos ellos no son sino efectos de la regularidad de la naturaleza; regularidad que no se ha modificado por obra de supuestos caprichos cósmicos. Las aparentes mutaciones del universo son obra sólo del poco cuidado y la candidez con

que observaron a éste los antiguos. Oigamos nuevamente a Sigüenza: "Querer decir, que en este siglo se han aparecido muchos más cometas que en los pasados, es incurrir en lo que el vulgo ignorante, que juzga el que ahora suceden más eclipses que en lo pretérito, lo cual es imposible, si desde que Dios crió al mundo hasta ahora, es constante el que no ha habido mudanza en el nacimiento, apogeo y eccentricidad del sol, oblicuidad de la elíptica, y latitud de la luna, de que se infiere, que de la misma manera que ahora es sucedió entonces, con que la inmediata respuesta a su ascensión es, que como los modernos han tenido más cuidado que los antiguos en calcular los eclipses, también lo han tenido en observar los cometas." ²²

Por ello le preocupa tanto a Sigüenza que en la ciencia se proceda con suma cautela: para no sufrir de nuevo errores que únicamente conducen a la ofuscación y al pánico. Sigüenza no busca ni pretende buscar un pensamiento original en torno a las cuestiones científicas sobre las que escribe. Su intención es simplemente acabar para siempre con una mentalidad llena de supersticiones. Quiere precisiones, no probabilidades; pretende verdades, mejor que apariencias. Solamente en contadas ocasiones, adviértese en él un cierto afán por introducir algunas innovaciones al método silogístico de que tanto se abusaba. Como en aquel pasaje en que maneja una especie de *duda* inicial. Pero en el fondo, todavía anda a la greña con sus contradictores sirviéndose a menudo de formas tradicionales. Quizá fuera porque su deseo —claramente expresado a veces— es el de combatir a su enemigo en todos los terrenos posibles, aun los de este mismo. A lo largo de sus polémicas, Sigüenza procede frecuentemente del mismo modo, peleándole al adversario la corrección en el planteamiento de sus asertos, mostrando las conclusiones falaces que pueden sacarse de un mal empleo de los silogismos. A tal grado llegaba su preocupación por la rigurosidad metódica; y ello por cierto, no era algo muy común entre sus contemporáneos mexicanos. Acaso en Sor Juana advertiránse ya algunos reparos a los modos de argumentación. Pero si dicha actitud no era muy frecuente en su época, sí en cambio lo era en Europa; y en este respecto, tanto la monja jerónima como el jesuita remilgoso que en el fondo había en don Carlos, rascaban ya la parte de modernidad que les tocaba. Tales son, pues, los rasgos principales que acusan la modernidad.

²² *Libra*, p. 29, núm. 48.

que nos habíamos propuesto husmear rápidamente en el pensamiento de Sigüenza. Y por lo que respecta a la influencia que en él pudo ejercer Descartes, además de los procedimientos geométrico-analíticos —hecho del cual no queda ya ninguna duda—, me inclinaría a pensar que algo ha de haber aprehendido de la duda como método. Pero abandonemos ya a Sigüenza y vayamos a Sor Juana, a quien casi olvidábamos.

En principio, algunas aclaraciones preliminares. Mucho es lo que se ha discutido acerca de si conoció o no a Descartes. A falta de documentos confirmatorios en este punto, fácil sería suponer que no tuvo noticia de él; pero precisamente debido a tal circunstancia —y con más probabilidades todavía— fácil sería también creer todo lo contrario. Porque de que no hayan llegado hasta nosotros textos que aclaren la controversia, no puede concluirse que jamás supo del padre del racionalismo moderno. Piénsese que si la *Libra astronómica* de Sigüenza se hubiera extraviado, aún andaríamos hoy discutiendo si pudo haber leído o no a Descartes. Y hay que recordar que un escrito científico de Sor Juana se ha perdido, al parecer definitivamente.

Por mi parte, al igual que Ermilo Abreu Gómez y el maestro Gaos, creo que nuestra monja tuvo alguna relación, directa o indirecta, con el pensamiento de Descartes —o al menos oyó hablar de él—, gracias a la amistad que cultivaba con Sigüenza y con Kino, que lo conocían, o por algún otro escritor que lo mencionase y de cuyas lecturas Sor Juana era muy afecta. Por ejemplo el jesuita Kircher, quien, según el mismo Abreu Gómez, conocía bastante bien a Descartes. De cualquier modo, es innegable que la amplia mirada de Sor Juana, ávida de saber y dúctil al sigiloso paso del conocimiento científico, no podía menos de moldearse un poco con los oleajes de la modernidad que hasta ella llegaban por mil rendijas clandestinas.

No es ninguna novedad el afirmar que en Sor Juana acúsanse claras inquietudes modernas; y no sólo por cuanto a esa su preocupación por hallarles explicación a los fenómenos físicos de la naturaleza (recuérdese su reacción frente al movimiento del trompo de las dos niñas, para hallarle una razón geométrica), sino especialmente por la precaución con que quiere afianzarse a la verdad. También ella quiere evitar los errores y las peligrosas desviaciones. A igual que Sigüenza, Sor Juana es presa de una gran desconfianza en todo aquello que se refiera al verdadero conocimiento científico, y apenas nos aventuramos por entre sus ideas,

advertimos ya su espíritu receloso. Va siempre tras los fundamentos de la certeza. "Allá verá u. md. —dice en la Carta Atenagórica— en el sermón (de Vieyra) lo elegante de esta prueba, que a mí me importa, primero, averiguar la forma de este silogismo, y ver cómo argumenta el Santo y replica el Autor." ²³ Por toda su obra se ve a Sor Juana proceder siempre con gran cuidado, tratando de no caer en falsedades. Fíase poco de la fuerza desorbitada que ha pretendido dársele al entendimiento, y propone conocer antes los límites que necesariamente reducen su capacidad. "Si estos, señora —escribe—, fueran méritos (como los veo por tales celebrar a los hombres) no lo hubiesen sido en mí, porque obro necesariamente: si son culpa, por la misma razón creo que no la he tenido; mas con todo vivo siempre tan desconfiada de mi juicio..." ²⁴ Y continúa después: "... Si todos (y yo la primera que soy muy ignorante) tomásemos las medidas del talento antes de estudiar... con la ambiciosa codicia de igualar y aun exceder a otros, qué poco ánimo nos quedara y de cuántos errores nos excusáramos, y ¡cuántas torcidas inteligencias que andan por ahí no anduvieran...!" ²⁵ Pero más que la razón, por la cual en el fondo siente gran respeto, son algunas formas de conocimiento las que no acepta fácilmente. A las vías o conductos que nos relacionan con el mundo externo les hace graves consideraciones. Como a los sentidos, cuyos testimonios, por ser fácilmente engañosos, sólo desprecio le producen. "Paseábame algunas veces —le relata a Sor Filotea— en el testero de un dormitorio nuestro... y estaba observando que siendo las líneas de sus dos lados paralelas y su techo a nivel, la vista fingía que sus líneas se inclinaban una a otra, y que su techo estaba más bajo en lo distante que en lo próximo, de donde infería que las líneas usuales corren rectas pero no paralelas, sino que van a formar una figura piramidal, y discurría si sería esta la razón que obligó a los antiguos a dudar si el mundo era esférico o no. Por que aunque lo parece, podía ser engaño de la vista, demostrando, concavidades donde pudiese no haberlas." ²⁶ Pero en verso lo explicaba mejor:

²³ Carta atenagórica. México, p. 25.

²⁴ Respuesta a Sor Filotea, en Obras Escogidas, Col. Austral, pp. 164-165.

²⁵ Ibid., p. 169.

²⁶ Ibid., p. 162.

Y también sabéis, que como
es mi amor de entendimiento,
no he menester de la vista
materiales alimentos.

Pues que radico en el alma
independiente y exento,
despreciar de los sentidos
el inútil ministerio.²⁷

No es pues, la conformidad con los sentidos en donde habremos de alcanzar la verdad. Sólo adentrándonos en la pura razón, en nuestro propio pensamiento, "independiente y exento", podremos certificar con veracidad el conocimiento. Tal actitud nos está diciendo ya que nuevos vientos se han deslizado por la mente de Sor Juana. Ahora es la fuerza del entendimiento la que lo resuelve todo por sí misma, zambulléndose en su propia potencia, sacando de sí los auténticos fundamentos. ¡Cuánta razón no tendría Sor Juana para desdeñar el "inútil ministerio" de los sentidos! Y no con menos razón habrá de extender sus precauciones aun a aquello en lo que hasta podría ser peligroso dudar de su veracidad: el principio de autoridad, cuando no le asista la verdad o le engañe la ignorancia. "Todo esto —dice— pide más lección de lo que piensan algunos, que de meras gramáticas, o cuando mucho con cuatro términos de Súmmulas, quieren interpretar las Escrituras y se aferran del *mulieres in ecclesiis Taceant*, sin saber cómo se ha de entender."²⁸ Y añade posteriormente: "Mi entendimiento tal cual ¿no está libre como el suyo, pues viene de un solar? ¿es alguno de los principios de la Santa Fe, revelados, su opinión, para que la hayamos de creer a ojos cerrados?"²⁹

Donde se nota mejor su preocupación sobre el método de conocimiento, es en el *Primero sueño*, en el cual se propone desarrollar las posibilidades de un recto ascender a la verdad. Allí pueden saborearse expresiones más conscientes de su cauta inteligencia. Quiere acercarse al supremo principio de la sabiduría que inyecta veracidad a la existencia entera. Y así nos murmura suavemente, con ese ritmo de meditación que baña siempre su poesía:

27 Obras Completas. Ed. Botas. México, 1948, pp. 230-231.

28 *Resp. a Sor Fil.*, pp. 173-174.

29 *Ibid.*, p. 175.

EL CARTESIANISMO EN SOR JUANA Y SIGUENZA

De esta serie seguir mi entendimiento
el Método quería,
o del ínfimo grado
del ser inanimado
(menos favorecido,
si no más desvalido,
de la causa segunda productiva),
pasar a la más noble jerarquía
que, en vegetable aliento
primogénito es, aunque grosero,
de Thetis 30

Mas antes de ascender con regla hacia el conocimiento, advierte que debe deshacerse de los oscuros conceptos que no traducen la verdad y sí producen sólo la confusión y el desorden. Habla Sor Juana:

No de otra suerte el alma que, asombrada
de la vista quedó de objeto tanto,
la atención recogió, que derramada
en diversidad tanta, aún no sabía
recobrar a sí misma del espanto
que portentoso había
su discurso calmado,
permitiéndole apenas
de un concepto confuso
el informe embrión que, mal formado,
inordinado caos retrataba
de confusas especies que abrazaba,
sin orden avenidas,
sin orden separadas,
que cuanto más se implican combinadas
tanto más se disuelven desunidas,
de diversidad llenas³¹

.....

¿Cómo, pues, ha de proceder entonces, si quiere librarse del error y las falsas apariencias? Partirá de la confusión misma, salvando los escollos mediante un buen análisis de las porciones diferentes, para subir después, sea por grados discursivos, o si ello es muy temerario, reduciéndose la cuestión a lo más simple, utilizando por fin las diez categorías aristotélicas.

.....

besando arena a arena
de la playa el bajel, astilla a astilla,

30 *Poesías*. Col. Clásicos de México. Ed. Botas. México, 1940, p. 242.

31 *Ibid.*, p. 240.

donde —ya recobrado—
 el lugar usurpó de la carena,
 cuerda refleja, reportado aviso
 de dictamen remiso,
 que, en su operación misma reportado,
 más juzgó conveniente
 a singular asunto reducirse,
 o separadamente
 una por una discurtir las cosas,
 que vienen a ceñirse
 en las que artificiosas
 dos veces cinco son categorías.³²

No basta solamente con la aprehensión inmediata para entender la naturaleza. La intuición le parece insuficiente a Sor Juana para la faena del conocimiento; es preciso manipular antes los conceptos de modo gradual y ascendente a fin de alcanzar un claro entendimiento de la cuestión:

reparando, advertido,
 con el arte el defecto
 de no poder con un intuitivo
 conocer acto todo lo creado,
 sino que, haciendo escala, de un concepto
 en otro va ascendiendo grado a grado,
 y el de comprender orden relativo
 sigue necesitado
 de él-del entendimiento³³

En fin, de lo confuso quiere Sor Juana pasar a lo más claro; y para ello se han de guardar ciertas precauciones: o la síntesis o el análisis; de lo más particular a lo más general; inducción, que no intuición; no la engañosidad de los sentidos, sino la certidumbre de la razón. Cautela, siempre cautela, aconseja nuestra poetisa. Como en aquella discusión que escribe en uno de sus autos sacramentales, en el que varios estudiantes disputan sobre el contenido de las premisas del silogismo y sus fundamentos:

¡Qué niego la mayor, digo!
 ¡Y yo digo que la apruebo!
 ¡Yo, que el supuesto no admito!
 ¡Yo, la consecuencia niego!

³² *Ibid.*, pp. 240-241.

³³ *Ibid.*, p. 241.

Y Sor Juana se acerca para increparlos por su poca prudencia. Oigasele apelar a la evidencia de la razón para evitar falsos arrebatos:

Que esperéis un poco, os ruego,
y que no, tan encendidos
en vuestra opinión, y tercios,
hayáis librado a las voces
la fuerza del argumento;
esta no es cuestión de voces,
sino lid de los conceptos;
y siendo juez la razón,
que será vencedor, pienso,
el que más sutil argulla,
no el que gritare más recio.³⁴

En el *Primero sueño* de Sor Juana se ha querido encontrar³⁵ una referencia directa a la tercera regla del *Discurso del método*, de Descartes. Difícil es, si no fuera retorciendo demasiado el texto, hallar en las silvas de que se compone el poema, tal semejanza. Es indudable —y ya lo advertí antes— que el rasgo más característico de la influencia, no tanto del propio Descartes como de toda la modernidad incipiente, es esa preocupación por los caminos auténticos del conocimiento, esa “actitud cautelosa”, como dice el doctor Gaos. Ciertamente que en el *Primero sueño* de la monja se nota todo un engranaje de ideas metodológicas, que sólo con mucha perspicacia (no siempre veraz) podría configurarse como un verdadero método de conocimiento. Ciertamente, también, que aquí y allá se desparraman alusiones al análisis y a la síntesis, al “concepto confuso” y a las “confusas especies”, al método y a la ascendencia gradual en el conocimiento —todo ello, cubierto siempre con grandes girones de misticismo—; pero intentar deducir de tales períodos una dudosa semejanza con la tercera regla de Descartes no equivaldría a otra cosa que exprimirles a los versos un contenido que no tienen. En última instancia, únicamente se confirmaría todavía más el hecho de que por el espíritu de Sor Juana habíanse filtrado ya, furtivamente, algunas ráfagas del pensamiento moderno. En fin, poco importa para nuestro cometido en estas páginas seguir bordando más discusiones en torno a este problema de erudición. En esto también, pueden fácilmente echarse a volar hipótesis de todas clases, y no seré yo,

³⁴ *Auto Sacramental del mártir San Hermenegildo*.

³⁵ *Ermilo Abreu Gómez*. Edición, prólogo y notas a las *Poesías* de Sor Juana. Ed. Botas, 1940. Nota núm. 33.

por cierto, quien pueda resolver definitivamente sobre el asunto. A manera sólo de reflexión marginal es como me he ocupado de la cuestión.

Oigamos nuevamente a Sor Juana para ver cómo entiende la ciencia. Esta tiene para ella, ante todo, un valor instrumental, metodológico, al margen de lo cual sería imposible comprender la naturaleza y la historia. “¿Cómo, sin Lógica —pregunta—, sabría yo de los métodos generales y particulares con que está escrita la Sagrada Escritura? ¿Cómo, sin Retórica, entendería sus figuras, tropos y locuciones? ¿Cómo, sin Física, tantas cuestiones naturales de las naturalezas de los animales, de los sacrificios, donde se simbolizan tantas cosas ya declaradas y otras muchas que hay...? ¿Cómo, sin Aritmética, se podrían entender tantos cálculos de años, de días, de meses?...? ¿Cómo, sin Geología, se podrán medir el Arca Santa del Testamento, y la Ciudad Santa de Jerusalén?...”³⁶ Las ciencias todas, si bien cada una con su objeto particular, carecerían de sentido si no tuvieran una misma finalidad común: ser a manera de conducto maravilloso a la teología, desembocar en ella. Contrariamente a Sigüenza, Sor Juana no concibe las ciencias independientes de la teología, sino que las somete a su reinado. Aquí nuestra poetisa permanece aún en la atalaya tradicional; sigue todavía pensando con algunos módulos de la antigua mentalidad. No hay en ella, como lo vimos en Sigüenza, esa idea de la ciencia, de auténtica raigambre moderna, que la desmembra sin ambages de la teología: “...con esto proseguí —escribe—, dirigiéndome siempre, como he dicho, los pasos de mi estudio a la cumbre de la Sagrada Teología; y pareciéndome preciso, para llegar a ella, subir por los escalones de las Ciencias y Artes Humanas: porque ¿cómo entendería el estilo de la Reyna de las Ciencias quien aún no sabe el de las ancillas?”³⁷ Pero no nos decepcionemos. Una personalidad como la de Sor Juana, colocada en el cruce de dos caminos antagónicos, no podía menos de avanzar con paso cuidadoso y prudente. Si las inquietudes de la época revolotean ya en su pensamiento, llevándola hacia adelante, un fuerte temor la obliga a retroceder asustada. El gesto amenazador del siempre receloso inquisidor hace vacilar su voluntad, aunque la agilidad de su espíritu alcance a veces alturas no sospechadas ni aun por ella. “Y así —nos cuenta— confieso que este temor me ha quitado la pluma de la mano, y ha hecho retroceder los asuntos hacia el mismo entendimiento, de quien

³⁶ *Resp. a Sor Filotea*, p. 148.

³⁷ *Ibid.*, p. 148.

querían brotar..." Preguntando inmediatamente: "¿Qué entendimiento tengo yo? ¿qué estudio? ¿qué materiales? ¿ni noticias para ello, sino cuatro bachillerías superficiales? Dejen eso para quien lo entienda, que yo no quiero ruido con el Santo Oficio, que soy ignorante, y tiemblo de decir alguna proposición mal sonante, o torcer la inteligencia de algún lugar..."³⁸ Quizá por ese temor no pudo Sor Juana, engarzada aún a la tradición, alcanzar los vuelos de modernidad de Sigüenza y Góngora. Sin embargo, no es ello motivo para restarle méritos a la poetisa. Al contrario, ese mismo temor que manifiesta tener por la audacia de sus pensamientos nos está revelando ya el conflicto en que se debate su conciencia, animada por nuevas inquietudes y constantemente detenida por la vieja escuela. ¡Terrible drama de una conciencia que quiere decir lo que no debe pensar!

¿Cuál es el sentido que tiene —vista desde este lado— la obra conjunta de Sigüenza y Sor Juana? ¿Qué significación y qué importancia guardan estas dos figuras ilustres en el siglo xvii mexicano, dentro de nuestra cultura? Podría decirse que la de ser los primeros en quienes aparece o se manifiesta en México el espíritu moderno. Pero la modernidad no es sólo una mera "aparición" o una "manifestación"; es, principalmente, una cruenta, una implacable batalla a la tradición, al mismo tiempo que una agonía, una lucha consigo misma. Es un mundo que entra en contradicción con sus propias entrañas. Mejor que un repertorio de convicciones y pensamientos nuevos —además de esto, mejor dicho—, es la modernidad una actitud que pugna por desplazar aquello que no puede sostenerse sobre sus mismos fundamentos. Es la búsqueda de nuevos reductos espirituales, pero en lucha permanente con los viejos. Y ¿acaso no es también, la polémica de Sigüenza con Kino la primera gran batalla que libra en México la modernidad frente a la tradición? ¿no son, por ventura los remordimientos internos de Sor Juana la expresión más patente de la agonía de un pasado, agonía inevitable, de muerte?

Con ellos se abre una nueva etapa de pensamiento en la Nueva España, que habrá de desarrollarse y alcanzar su apogeo hasta la segunda mitad del siglo xviii. Pero su importancia es todavía otra. Puede decirse que también con ellos se empieza a desmoronar, en el plano mental, la Colonia Española, y no por obra de meras "influencias" ideológicas o por

³⁸ *Ibid.*, p. 143.

el arribo de las nuevas ideas europeas, sino a causa misma de la contradicción social que entre criollos y peninsulares se agudiza a la altura de la época de Sor Juana y Sigüenza. Son los "cuervos" que España crió en sus dominios, los que habrán de sacarle los ojos. Y la modernidad es una más de las armas ideológicas que utilizarán estos "cuervos" criollos para echar fuera de casa a sus contrincantes. Por ello no es ninguna extraña coincidencia que aquellas ideas —no solamente filosóficas y científicas— que enarbolan los insurgentes en 1810 se hallen ya, en esencia, en el pensamiento de Sor Juana y, especialmente, en el de Sigüenza. Mas este tema, que requeriría por sí solo un extenso estudio aparte, escapa por entero a nuestro cometido. Conformémonos únicamente por ahora, y hechas las salvedades que anteceden, con tener a nuestras dos figuras del siglo xvii por auténticos precursores de la modernidad en México.

Ahora bien, ¿cómo puede explicarse en ambos su barniz de modernidad, sobre todo en un ambiente como el del siglo en que vivieron? Creo que sólo acudiendo a la Compañía de Jesús. En efecto, las últimas décadas del siglo xvii empiezan a mostrar más efervescencia espiritual que las que les precedieron. Ya para entonces, la mayor parte de los centros educativos de cierta importancia se hallan en manos de los jesuitas, y si algunas ideas novedosas circulaban ya en la adormecida Nueva España, era sin duda en el seno de su corporación.

Sabido es que de los círculos tradicionales, donde más pronto prendió la chispa moderna fué en el seno de los jesuitas, principalmente por su gran capacidad de absorción intelectual y por su inclinación a enterarse de los nuevos adelantos científicos, aunque sea sólo para combatirlos. En México, aun en la nebulosidad del siglo xvii, la tradición no pudo impedir que las ideas modernas se colaran por donde únicamente podían hacerlo. Y Sigüenza, si bien totalmente rebelde a la férrea disciplina de la Compañía, fué siempre, en el fondo, un jesuita disfrazado de capellán de hospital. Seguramente a los jesuitas debe su vocación por las ciencias, y ya hemos visto que por allí se abrieron las puertas a la modernidad. Además, es fácil advertir en su obra la influencia notable que tienen los escritos de los jesuitas europeos. Pienso que también Sor Juana algo les debe a éstos. A este respecto, podría ser discutible que su amor a la investigación teórica se lo hayan insuflado los jesuitas, pero de lo que sí no cabe la menor duda es de la gran ascendencia que tuvieron en su vida. Recuérdese que su confesor era un enérgico jesuita, y que también

EL CARTESIANISMO EN SOR JUANA Y SIGUENZA

lo fueron dos de sus mejores amigos, el tirolés Eusebio Kino y el propio Sigüenza. Y si reparamos, además, que ya a fines del siglo xvii se manejaban entre nuestros jesuitas las obras de los más destacados pensadores modernos, al grado de que en 1706 la Congregación General tuvo que recordarles que enseñaran únicamente la filosofía aristotélica e impugnaba treinta "proposiciones erróneas" del pensamiento de Descartes como nocivas para la enseñanza,³⁹ acabaremos por aceptar que ya en aquella desnutrida época, los jesuitas menores del siglo xvii les preparaban el terreno a los mayores del xviii.

En fin, y por lo que atañe a Descartes, no podrá quejarse de que en un país lejano del suyo, soñoliento y pacato, un sabio capellán estudiaba su obra y una monja poetisa tal vez lo discutía, cuando ya anochecía el siglo xvii.

No obstante, el estudio del *cartesianismo* en Juana de Asbaje y Sigüenza y Góngora, no está concluido; si estas rápidas cuartillas pudieran servir de pórtico a una investigación más minuciosa, que no tuviese las limitaciones perentorias de una conferencia, habrían realizado su objeto principal.

FRANCISCO LÓPEZ CÁMARA

³⁹ Cf. Gerard Decorme, S. J. *La Obra de los Jesuitas Mexicanos, durante la época Colonial, 1572-1767*. México, 1941, t. I, p. 231.